

ERNESTO QUESADA

LAS

RELIQUIAS DE SAN MARTÍN

ESTUDIO

De las colecciones del " Museo Histórico Nacional



BUENOS AIRES

Editado por la Imp. de la «Revista Nacional»
378, PERÚ, 378

1900

3
ERNESTO QUESADA

L A S

RELIQUIAS DE SAN MARTÍN

ESTUDIO

De las colecciones del " Museo Histórico Nacional "



BIBLIOTECA

NACIONAL

DONACION MELIAN LAFINUR

B. 1623
BUENOS AIRES

Editado por la Imp. de la «Revista Nacional»

378, -P E R Ú, 378

1 9 0 0

81.402

RELIQUIAS HISTÓRICAS DE SAN MARTIN

Nueve años de existencia acaba de cumplir nuestro museo histórico, y hoy, como en 1890, le infunde vida vigorosa la fe inquebrantable de su director, Adolfo P. Carranza, á quien deberá nuestro país, en efecto, una institución genuinamente argentina, y de trascendental importancia. Porque el rasgo típico de nuestro museo es el patriotismo robusto que lo vivifica: todo lo que, de cerca ó de lejos, se refiere á la historia patria, es buscado con tesón y recogido con avaricia. Nada es poco para el deseo que anima á su director, de reunir allí todas las reliquias, todos los recuerdos de nuestro corto pasado, no tanto para que los admiren los contemporáneos,—demasiado cercanos de aquellos

sucesos para valorar esos restos como se debiera,—sino para salvarlos de la indiferencia presente y conservarlos para la veneración de las generaciones venideras.

En los países europeos son numerosas las colecciones de carácter analógo, destinadas á perpetuar la memoria de los monarcas ó las glorias nacionales. Pero sólo excepcionalmente han sido organizadas en forma de museo histórico, como instituto nacional ó independiente. Sin embargo, quien haya recorrido los museos del viejo mundo, no olvidará jamás la impresión profunda que causa el palacio de Versalles, transformado en museo de aquel carácter, y en cuya organización es fama gastó Luis Felipe sendos millones de francos. Todo allí se auna para exaltar la gloria del trono: los salones, con su mobiliario y decoración de singular suntuosidad; los cuadros, los objetos, las reliquias, rememoran la historia de la corona de Francia durante una serie de siglos. No será posible que museo alguno del mundo pueda jamás encontrarse en condiciones análogas, por la magnificencia del local y la riqueza y



San Martín

abundancia de las colecciones. Su defecto esencial es ser exclusivamente monárquico; más bien dicho, dinástico. De ahí que se haya experimentado la necesidad de completarlo bajo otros aspectos: en París se ha organizado el museo Carnavalet, para clasificar todas las reliquias históricas del período de la gran revolución francesa; y en el museo de Cluny se ha reunido todos los objetos de indumentaria, mobiliario, y uso familiar, de todas las épocas de la historia de Francia. Todavía, en diversos otros museos y colecciones, se encuentran distribuidos muchos otros objetos, cuyo estricto carácter histórico los haría dignos de estar reunidos en un verdadero y exclusivo museo de ese género.

En Alemania, por razón de las peculiaridades de su historia, las reliquias de semejante carácter se encuentran esparcidas en sus diversas ciudades. Munich, en el museo nacional bávaro, tiene una sección especial destinada á su historia: las diversas épocas, por orden cronológico estricto de reinados, están clasificadas en salas diferentes, y la serie corre sin interrupción de 1500 á 1848,

constituyendo una colección interesantísima; que realzan los inmensos frescos murales representando toda la historia de Baviera, desde el cuadro de Köckert, sobre las relaciones entre romanos y teutones, en el siglo II, hasta el de Piloty, referente á la reina María de Nápoles—una Wittelsbach—en la melancólica defensa de Gaëta, en 1861. Berlín posee, en el precioso castillo Monbijou, un museo histórico de la dinastía de los Hohenzollern, que es una joya por la riqueza de sus colecciones. Pero el verdadero museo histórico nacional alemán es el de Núremberg, fundado en 1852 por una asociación privada, y que hoy día ha asumido la importancia de un verdadero monumento de cultura de la raza germánica: más que á la glorificación de las diversas dinastías, está destinado al pueblo mismo de Alemania; encierra, en las inmensas salas del antiguo convento de cartujos, una serie inapreciable de muebles, tapices, utensilios, armas, cuadros y reliquias históricas de todo linaje, clasificadas con un método admirable y obedeciendo á una rigurosa división cronológica. Así el estudioso, al recorrer

sus salas, siente renacer la vida de cada época, con sus peculiaridades características, sus usos y costumbres; los grandes hechos producidos, no solo los políticos y los militares, sino los artísticos los literarios, industriales y comerciales: todo tiene allí su representación adecuada.

De carácter histórico más estricto es la sección del museo del «Eremitage» ruso, que conserva en San Petersburgo las reliquias de Pedro el grande y sus sucesores, por una parte, y de la dinastía íntegra de los Romanow, por otra: todo se encuentra allí, desde el soberbio vestido de coronación de la emperatriz Catalina, en 1724, hasta el maravilloso cofre, en el cual la City londinense envió su célebre memorial al zar Alejandro II. En fin, en todas las naciones se nota el mismo movimiento de reconstrucción histórica, reuniendo en un local separado los objetos que representan épocas pasadas: la Holanda, con ser país venido tan á última hora á la vida independiente, tiene ya, en La Haya, una sección histórica en su museo neerlandés, donde se admiran, en democrática compañía, des-

de los objetos que pertenecieron al heroico almirante Ruyter, hasta los trajes de ceremonia de los últimos príncipes de Orange.

En la misma América, este movimiento de piedad histórica es sensible. Los Estados Unidos, por despreocupados que hayan sido y por más que hasta hace poco hayan gozado de la felicidad incomparable de ser un pueblo sin historia, han dedicado á reunir reliquias del tiempo de la independencia, parte de los vastos locales del típico Faneuil Hall bostoniano y del Independance Hall, de Filadelfia (1). Más aun: en el Instituto Smithsonian hay una sección conmovedora, dedicada á los recuerdos de Washington, y en ella se admira desde el uniforme del inclito ciudadano hasta las modestas cortinas de su cama, bordadas por la inolvidable Marta (2); todo ello sin

(1) Respecto de esos « museos históricos » norteamericanos, cabe observar: 1º que en Faneuil Hall lo que se conserva son principalmente retratos (cuya lista se encuentra en: *Boston illustrated*, p. 13); 2º en el Independance Hall se halla, en el primer piso, el museo nacional que contiene una interesante colección de reliquias de la época colonial y revolucionaria (véase: THOMPSON WESTCOTT, *The official Guide book to Philadelphia*, p. 97).

(2) La ciudad de Washington está llena de recuerdos del fundador de aquella república: basta

perjuicio de un departamento entero dedicado á las «reliquias miscelánicas», donde se encuentran, en singular con-nubio, objetos de todo género, desde los riquísimos sables regalados por Ali Pachá al comodoro Perry, hasta.... la casaca militar del colombiano Páez,—de cuya residencia en Buenos Aires se conserva tan gratos recuerdos, y del cual, á su vez, posee otras reliquias nuestro museo histórico nacional. Pero aquella institución washingtoniana, por más eminentemente americana que sea, tiene un marcado carácter general: su objeto es «la difusión de los conocimientos»; puede, pues, sin incongruencia abarcar todo. No sucede lo mismo con el museo argentino, cuya índole es estrictamente nacional: de ahí que quede aún en pie la crítica que alguna vez se le ha hecho, de aceptar donaciones de objetos pertenecientes

recordar que allí se encuentra, piadosamente conservada, la casa de Mount Vernon, con todos los muebles y objetos usados en vida por el gran ciudadano. (Véase los detalles en: JANE W. GEMMIL: *Notes on Washington*; y HUTCHINS & WEST MOORE: *The national Capital*.) Pero las colecciones especiales del Instituto Smithsonian—las *Washington's relics*, como se las denomina oficialmente—se encuentran descriptas en: W. J. RHEES: *Visitor's Guide to the Smithsonian Institution*, p. 24.

á «personajes que nada han tenido que hacer con nuestra historia » Porque, en todos los museos de ese género que conozco, se observa el celoso prurito con que se excluye todo lo que no tenga atención real con la historia nacional.

Ningún país de América, sin embargo, ha sobrepasado al Brasil en esta nobilísima tarea de reconstrucción del pasado: lo único que hay de sensible es que fué un esfuerzo pasajero, pues se reunieron todas las colecciones requeridas para constituir una exposición histórica modelo, celebrada en 1881 en Río de Janeiro; pero fué necesario dispersar después aquellos tesoros. Solo ha quedado, como recuerdo imperecedero del esfuerzo, un soberbio catálogo (1) en cuyos dos gruesos volúmenes se encuentra fuente abundante para practicar cualquier investigación: no solo la colección más completa de libros publicados en y sobre el país ve-

(1) *Catalogo da Exposição de Historia do Brazil, realizada pela Bibliotheca Nacional de Rio de Janeiro a 2 de dezembro de 1881.* (Río de Janeiro 1881). Esta obra fué publicada, además, como t. IX y X de los *Annaes da Bibliotheca Nacional do Rio de Janeiro*, indispensables á todo estudioso americano.

cino, sino una serie acabada de retratos de sus personajes, de vistas de sus lugares, de objetos y trajes de sus poblaciones, de medallas conmemorativas de sus acontecimientos. Y todo ese inmenso material está clasificado con método admirable.

Ahora bien, no podría decirse otro tanto del museo histórico argentino. Y la razón es obvia. Obra de la fe de un convencido, se ha realizado en medio de cierta indiferencia y se desenvuelve sin haber logrado encender aún el entusiasmo necesario en la generalidad de las gentes. Dotado de recursos modestísimos; obligado á echar mano de combinaciones ingeniosas — como la que le permite, sin subvención oficial, publicar de tiempo en tiempo alguna entrega de su notable revista, que adquiere así la particularidad de ser un periódico sin periodicidad, (1)—tiene que inflamar el celo particular, para lograr aumentar sus colecciones. De ahí que reciba cuanto se le da, en vez de adquirir solo lo que

(1) *El Museo Histórico. publicación trimestral ilustrada y descriptiva.* bajo la dirección de ADOLFO P. CARRANZA.—(Buenos Aires 1892.—1899. Está ahora en el t. IV n° 1.)

deseara; de ahí que no sea posible meto-
dizar sus colecciones, sino más bien de-
jarlas crecer para que el tiempo se en-
cargue de su posterior depuración y
clasificación. Demasiado es lo hecho;
asombroso lo realizado. No es posible,
pues, juzgar establecimiento semejante
como si hubiera sido fundado con arre-
glo á un plan completo y dotado de los
abundantes recursos necesarios para su
realización.

Con todo, el museo histórico nacional
se enriquece constantemente, y no cabría
en los estrechos límites de un estudio rá-
pido dar cuenta de las adquisiciones
nuevas y del departamento recientemente
abierto al público, y en el cual se han
instalado las colecciones relativas á la
guerra del Paraguay (1). Es preciso, sin
embargo, hacer una excepción respecto

(1) Para juzgar del adelanto del museo, en es-
tos últimos años, basta comparar sus coleccio-
nes actuales con las descriptas en el opúsculo:
ERNESTO QUESADA. *El museo histórico nacional y
su importancia patriótica: con motivo de la inaugura-
ción del nuevo local en el parque Lezama.* (Buenos Ai-
res, 1897.)

de la valiosísima adquisición relativa á San Martín, y que el acendrado amor por una patria que jamás vieron sus ojos, ha arrancado á la piedad familiar de la nieta del austero general: el mobiliario de la habitación ocupada por aquel guerrero durante los largos años de su voluntario ostracismo, hasta su muerte; aún cuando, por una inexplicable ironía del destino, no le fuera dado morir en esa dura cama de hierro, que fué la única admitida por su severidad de soldado, y que, llevado á orillas del océano para tratar de que el aire vivificante del mar inyectara siquiera vida momentánea en su gastado organismo, encontrándose en casa ajena, el instinto del profundo amor que á su única hija tenía, le hizo recostarse en el lecho de ésta para exhalar el último suspiro... Esa pieza ha sido reconstruída fielmente en el museo: su contenido viene á completar la serie de reliquias del héroe, y que ha llegado el momento de agrupar sistemáticamente en un solo lugar, en vez de dejarlas esparcidas por los vastos salones del establecimiento, mezcladas con objetos de diversas épocas y en promi-

cuidad involuntaria con lo que queda de muchos, que quizá no son dignos de figurar al lado del gran capitán de los Andes.

Hoy, en nuestro museo — verdadero panteón de celebridades argentinas— San Martín está en plena aureola de gloria: la colección de objetos que le pertenecieron ó que á él se refieren, es completa, numerosa é interesante. La base de esa colección la constituyó la donación hecha por el gobierno nacional al museo, de las reliquias que pertenecieron á San Martín y que se encontraban en el salón de recepciones de la Casa Rosada; esos objetos eran: *a)* casaca militar de gala; *b)* dos chifles con su llave correspondiente; *c)* una placa de oro con diamantes, de la «legión del mérito» de Chile; *d)* una medalla de oro con diamantes, de la «legión del mérito» de Chile; *e)* medalla de Chacabuco, de oro y esmalte; *f)* medalla de Maipú, de oro; *g)* medalla de Chacabuco, de plata; *h)* medalla de esmalte, de Bailen; *i)* medalla de oro de la municipalidad de la ciudad de Buenos Aires; *j)* tres sellos de uso del general; *k)* dos pares charreteras; *l)* dos

fajas de seda; *m*) tres bandas de seda; *n*) un elástico; *o*) un juego de tiros, cinturón y dragona, (1) Pronto vino á aumentar esa serie, el catre-cofre de campaña (2); la banda que usó al atravesar los Andes; dos escritorios de campaña;

(1) De esos objetos han sido reproducidos en cro-mo: 1º el clásico falucho, de cuero charolado, sencillo, sin escarapelas ni plumas, y con cuatro pequeños galones por toda insignia; 2º la casaca militar de gala, de paño blanco, con vueltas y boca mangas granate de la misma tela, orlada con entorchados de oro, bordados en el Cuzco. Las charreteras son las que corresponden á este uniforme, que es el mismo con que está representado en el retrato de Madou que publicó MILLER: *Memorias* (Londres, 1829) y el que llevara cuando se presentó «vestido de etiqueta—dice Miller, *loc. cit.*—en el salón de los diputados del Perú» para anunciar su histórica separación del mando supremo; 3º dos bandas argentinas, cruzadas por la blanca que corresponde al uniforme; siendo de notar que una de aquellas es la usada al atravesar los Andes y proviene de la colección del general Mitre; 4º la banda peruana, cruzada por dos fajas, una de las cuales es peruana y la otra chilena.

Estos detalles han sido dados por J. A. PILLADO: *Uniforme del general San Martín*, en la revista *El Museo Histórico*, II, 151.

(2) Este catre le acompañó en todas sus campañas y era su lecho favorito en los palacios que habitó en Chile y el Perú, como lo refiere el general Guido: *Revista de Buenos Aires*, III. Cayó en poder de los realistas en la sorpresa infausta de Cancha Rayada, pero fué recuperado en Maipú: habíanlo respetado tanto, que ni siquiera fueron tocadas las onzas de oro que guardaba en su interior. En él acostumbraba dormir durante su ostracismo; y su verno Balcarce lo donó en 1864 á Mitre, de quien lo ha recibido el museo.

Estos y otros detalles se encuentran en: EDUARDO ORTIZ BASUALDO. *Catre-cofre de campaña del general San Martín*, en la citada revista: *El Museo Histórico*, I, 183.

varias pistolas de arzón y cintura; su sextante; su anteojó de larga vista; su tabaquera y yesquero, y varias piezas de su vajilla. Está también el bastón que obsequió al gobernador La Rosa, de San Juan. Más aún: acaba de recibir el museo el histórico tintero de la Inquisición del Perú, donado á San Martín en Lima, junto con el sello del terrible Santo Oficio; (1) esa típica y sólida escribanía de plata maciza, fabricada evidentemente en Potosí, conserva aún restos de la tin-

(1) La escribanía tiene 5 piezas, en forma de pera, con estrias diagonales. La del centro, destinada á colocar las plumas de ave, está coronada por una ave con las alas abiertas y una argolla en el pie: es la paloma simbólica. Otra de sus piezas es un arenillero; otra, es la campanilla; y las dos restantes son tinteros, con su correspondiente tapa: en uno de ellos se notan rastros de tinta. Todas esas piezas reposan en una bandeja, que tiene un sello burilado que dice: *San Martín*; y, en la parte posterior, otro que ha sido raspado y cuya leyenda no puede leerse.

Esta pieza histórica fué donada por la familia de San Martín al señor José I. Machain, y éste la ha enviado al museo.

Ahora bien: ¿cómo llegó este tintero á poder de San Martín? ¿está plenamente comprobada su autenticidad? JOSÉ TORIBIO MEDINA: *Historia del tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima*. (Santiago 1887), trae el inventario oficial de los bienes y objetos pertenecientes á la Inquisición, (levantado en 1813); pues bien: no figura allí este tintero. STEVENSON: *Twenty years residence in South America*, refiere la escena del saqueo del mobiliario del tribunal, con lujo de detalles, y tampoco menciona esta escribanía. En cambio RICARDO PALMA: *Anales de la Inquisición de Lima* (Madrid 1937) dice

ta con que se redactaron las últimas sentencias condenatorias; y la característica inscripción del sello: *Exurge, Domine, et judicam causa tua*, tiene el solemne sabor de una época que afortunadamente ya no volverá... (1) San Martín había conservado este tintero, junto con el estandarte de Pizarro y su famoso sable corvo, entre los pocos objetos que, á su vuelta del Perú, dejó encajonados en Mendoza, y que su yerno Balcarce recogió más tarde á pedido suyo. (2) No

en la pag. 194: «La campanilla de plata del tribunal existía, según nos informan, en poder del general San Martín, á quien le fué obsequiada por el Cabildo de Lima, junto con la histórica bandera del Ayuntamiento.» ¿Dónde se han publicado las notas oficiales de esa donación? No he podido verificarlo,

(1) El sello es propiamente un troquel; tiene, en el campo, una cruz, con las letras *I. P.* á los costados; en la orla la inscripción reproducida en el texto. Sin embargo, la redacción no condice con el texto del salmo 73, que es el lema del escudo de la Inquisición: *Exurge, Domine, et judica causam tuam.*

La última causa de fé de la Inquisición de Lima fué el proceso al inquisidor Zalduegui; y el último penitenciado, el marino Urdaneya. «por proposiciones heréticas y lectura de los filósofos franceses». MEDINA, *loc. cit.* trae todos los detalles; respecto del último penitenciado. Véase MELLE; *Voyage dans l'Amerique meridionale.* Desde 1569 á 1813, habíase procesado allí á 1474 personas, pero solo se habían quemado vivos á 15 y en sus huesos á 181...

(2) Efectivamente, antes de volver Balcarce á Francia, á reunirse con San Martín, éste le encargó recogiese aquel depósito, dándole al efecto

c

cabe ciertamente dudar de la autenticidad de la reliquia. «Vengan los papeles rotulados: *interesantes*, el estandarte de Pizarro, el tintero de la Inquisición; en fin, si cree Vd. que los otros papeles puedan dejarse con seguridad en esa, háganlo—escribía San Martín á su hija Mercedes y á su yerno Balcarce, en carta inédita, fechada en París, á 5 de diciembre de 1835, y dirigida á aquellos, á la sazón en Buenos Aires y en vísperas de regresar á juntarse con él—en el concepto que, como yo estoy y estaré retirado del mundo, para mí no serán de ninguna utilidad, y sí para Vd. y mis hijos.... Lo que sí les encargo se traigan es mi sable corvo, que me ha servido en todas mis campañas de América....» (1)

de su puño y letra, un *inventario del cajon de armas*, en Mendoza. Y bien, allí, entre otros «chismes de guerra» está su sable corvo, el estandarte de Pizarro y EL TINTERO DE LA INQUISICIÓN. El documento está firmado por San Martín: al pie está el recibo otorgado por Mariano Balcarce, á 7 de agosto de 1833.

(1) Y agregaba: ...y servirá para algún nietecito, si es que lo tengo. Después decía: «En cuanto á lo demás, ya les tengo escrito con extensión en la suposición de que deben venir contando no volver á América hasta despues de mi muerte.» *Carta M. S. citada.*

La iconografía de San Martín es de lo más completo en su género que tiene el establecimiento. Juan María Gutiérrez, en su clásico libro sobre aquél, (1) enumera 17 documentos iconográficos, comprendiendo no sólo retratos y estatuas, sinó láminas de batallas; el general Mitre, en su monumental obra sobre el héroe, (2) señala 25 retratos, incluyendo estatuas, bustos, cuadros al óleo, láminas de batallas, grabados, litografías, dibujos al lápiz y miniaturas: pero declara que sólo cuatro ó cinco pueden considerarse auténticos. (3) El museo posee ya

(1) *El General San Martín*. (Buenos Aires. 1864.) Véase en ese hermoso volúmen, publicado con motivo de la inauguración de la estatua de la plaza del Retiro, la pág. 349; *Iconografía del general San Martín, ó noticia de algunos retratos y láminas referentes á su persona y hazañas militares*.

(2) BARTOLOMÉ MITRE: *Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana*. Buenos Aires 1890, segunda edición. Véase t. I. p. XX.

(3) Los que el general Mitre así considera son: 1º el de Gil. á raíz de Chacabuco, en 1817, regalado á Hill, y del cuál se sacaron en Boston copias heliotípicas que lo han generalizado, habiendo igualmente servido de modelo para la conocida litografía de Londres, en 1821: 2º la miniatura hecha en Lima, en 1822, por doña Narcisca Casa Saavedra de Lavalle, y que lo representa con su uniforme de «protector del Perú»; ha sido reproducida, con modificaciones del general Espejo, en *La Ilustración Argentina*, grabado de Carvalho: 3º el óleo de Bruselas, de 1827, que sirvió de base para la popular litografía de Madou, que reproduce Miller en sus *Memorias*: la copia que está en el club del Progre-

97 piezas de ese género; aún faltan muchas, pero entre aquéllas están las más preciosas; sobre todo originales, como el retrato famoso, conocido por «de la bandera», pintado al óleo en Bruselas, en 1827. De esos retratos, muchos son en litografía, siendo la más interesante la de Nuñez de Ibarra—el patriota «aficionado» que dedicó su típica lámina al cabildo de Buenos Aires, para glorificar al vencedor de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú—representando al San Martín de 1818, jinete en un brioso caballo; otros en colores; otros copias, de cuadros conocidos, sin olvidar los repartidos en esta ciudad y en Córdoba, con motivo del centenario. Hay varios grabados y retratos al lápiz. Además, un bajo-relieve con el retrato. Y debe mencionarse en renglón aparte, la ruidosa caricatura, hecha por inspiración de Alvear, en 1825, en Buenos Aires, por la imprenta de Hallet: representa al prócer, disfrazado de demonio,

so, de esta ciudad, fué enviada por la hija del general; 4º, el agua-fuerte de Castan, hecha en París al morir San Martín, y que lo representa á los 72 años: es el que ha sido reproducido en los billetes de banco y en las estampillas del correo.

bailando grotescamente sobre las cabezas de Carrera, Murillo, Mendizábal, Conde y otros. Los dos retratos al óleo son quizá los más preciados. El general Mitre da el primer lugar, entre los auténticos, al pintado por el artista peruano Gil, y á quien se debén varios otros del héroe; el que prefiere el historiador y biógrafo es el pequeño, pintado sobre cobre; y que ostenta el uniforme de granaderos á caballo; regalado por el mismo en 1824 al viajero Hill, este lo cedió en 1882 al presidente de Chile. El otro retrato, de Gil, y que cita Mitre, es el que hoy se conserva en la municipalidad de Serena, para la cual fué pintado: es de cuerpo entero. Pero no cita el historiador otro retrato debido al mismo pintor y hecho en aquella época, el cual fué regalado por San Martín al señor J. I. de La Rosa, gobernador de San Juan, en poder de cuya familia ha estado hasta hace poco que fué entregado al general Roca, hoy presidente de la república, quien lo donó al museo. (1) Este retrato

(1) Véase su descripción en *El Museo Histórico* I. 12. San Martín está con el uniforme de general de los Andes, y el escudo de paño que ostenta en

es el mejor de la série, por el cariño con que está estudiada la fisonomía; y viene á constituir el más notable documento iconográfico sobre el gran capitán argentino, pues lo representa en Chile, en 1818, frescos aún los laureles de Chacabuco y Maipú, preparándose para libertar al Perú: el museo se ha esforzado, pues, con razón, en popularizar esa joya por medio de la reproducción litográfica, distribuida profusamente al público. Otro retrato igual, también pintado por Gil, fué obsequiado por San Martín al gobernador Luzuriaga, de Mendoza: esa tela fué regalada al doctor José María Moreno y adorna hoy el estudio del doctor José Matías Zapiola. Y para concluir con los retratos pintados por Gil, debe mencionarse la miniatura que el mismo general regaló en 1823 al

su pecho es el que usó provisionalmente hasta que le hicieron el de diamantes, acordado por el gobierno de Chile. En la orla tiene: *La Patria en Chacabuco*; y en el centro: *Al vencedor de los Andes y libertador de Chile*. Al pie lleva la inscripción: *Nada prefirió más que la libertad de su patria*.

Existe de este retrato una copia tan idéntica, que fué tenida por original durante mucho tiempo: se debe al aficionado mendocino Aquilino Ramírez, quién la donó al doctor Bernardo de Irigoyen, cuando éste estuvo en Mendoza en 1842: hoy pertenece á la colección del inolvidable Dr. Anjel Justiniano Carranza.

coronel M. Olazábal: hoy se encuentra en poder de sus herederos. Sin embargo, el retrato que San Martín estimaba más, el que conservó siempre en su dormitorio, es el de 1827: pintado en Bruselas por una maestra de su hija, habíale servido gustoso de modelo y lo consideraba el de mejor parecido; sobre él, efectivamente, ha sido modelada la cabeza de la estatua de la plaza del Retiro. Hoy, en su marco original de madera calada florentina, ocupa la misma testera del fondo que le asignó aquél, en su propia habitación y en vida.

Pertenecen igualmente á dicha iconografía las láminas y cuadros referentes á sus batallas. Tenía ya el museo la famosa de Géricault sobre Chacabuco, la que, como lo observa Gutiérrez, parece dibujada por un testigo ocular y se distingue por la exactitud de los trajes. Hoy posee la gemela de Maipú, pues se ostentaba en el histórico dormitorio y ha venido junto con el mobiliario. Además, figura en nuestro establecimiento el lienzo de Fernández Villanueva, sobre la batalla de Maipú, pintura hecha *de chic*; una copia litográfica del cua

dro de Durand, sobre el paso de los Andes; el cuadro iluminado de la batalla de Maipú, conocido por de Alvarez Condarco, publicado en Londres en 1819; y una hermosa tela sobre lo mismo, del pintor argentino Ballerini. También se encuentra la inmensa tela del uruguayo Blanes: la «revista de Rancagua», en otro tiempo tan ponderada como valor artístico, ya que es discutible como documento histórico, por cuanto la tal revista militar es tan solo una ficción... Pero ¿a qué seguir? La iconografía sanmartiniana merece capítulo aparte por su especial significado histórico.

¿No podría todo eso reunirse en una sala especial, destinada exclusivamente á San Martín, y á la cual, por excepción, se trasladaran las banderas españolas tomadas en Maipú y Chacabuco, sobre todo la famosa del regimiento *Talavera*? Esa sala podría entonces ostentar, en su fondo, la reconstrucción del dormitorio del generalísimo: hoy ha sido menester ubicarlo en el gran salón central, donde hay de todo, y todas épocas y los per-

sonajes están forzosamente entremezclados.

El croquis de la pieza, con arreglo al cual ha sido ésta reconstruida, se refiere á la casa de Boulogne-sur-mer, donde murió el guerrero, y donde habían sido trasladados dichos muebles,—ya que á su uso estaba demasiado acostumbrado aquél,—desde la casa de campo de Brunoy, cuyo nombre de Grand Bourg fué siempre querido para los sudamericanos. Después del fallecimiento del general, volvieron á reintegrar dichos muebles la habitación que siempre habían ocupado en aquella localidad. Existe, pues, alguna lijera diferencia en la colocación de los muebles y en la ubicación de las puertas. No he tenido ocasión de conocer la casa de Boulogne, donde falleció San Martín: entiendo que el único argentino sobreviviente de los que entonces (1850) se encontraron allí y asistieron al sepelio en la Catedral, es el Sr. José P. de Guerrico. El museo ha re-

constituido el dormitorio de Boulogne y no de Brunoy, obedeciendo al deseo de la nieta, quien escribía á Carranza, en mayo 30 ppdo. anunciándole el envío de «todos los muebles de mi abuelo, que conservaba yo religiosamente en el mismo orden que guardaban en su cuarto, en vida de él; acompañado de un pequeño croquis de ese mismo cuarto en la casa de Boulogne-sur-mer, en donde falleció: croquis que permitirá á V., si lo juzgase conveniente, colocar dichos muebles conforme los tenía el general.» (1) Así efectivamente se ha hecho; pero, como tan patéticamente lo describió entonces Félix Frías, en su conocida carta sobre la muerte de aquél, (2) no fué en este dor-

(1) *Josefa Balcarce y San Martín, de Gutierrez de Estrada*, al director del museo histórico nacional ADOLFO P. CARRANZA. *París, 30 de mayo de 1899.*

El texto íntegro de esa carta puede verse en el *Apéndice.*

(2) Esa carta se encuentra en la ya citada obra sobre *El general San Martín*. (Buenos Aires, 1864) en la pag. CXXVII. Al sentir los agudos dolores, precursores de su muerte, decía San Martín á su hija: *c'est l'orage qui mène au port...* «Los dolores calmaron—agrega Frías—pero repentinamente el general, que había pasado al lecho de su hija, hizo un movimiento convulsivo, indicando al señor Balcarce con palabras entrecortadas que la alejara; y espiró casi sin agonía.»

mitorio donde falleció sino en el de su hija, en cuya cama se había recostado.

De ahí que, al contemplar la reconstrucción hecha en la sala del museo, experimentara al principio cierta sorpresa al notar cambiado el aspecto de la pieza que ví, por vez primera en 1873, en la casa de Brunoy. Recuerdo, como si fuera hoy, aquella visita interesante. Invitados á comer en Grand Bourg, partimos de París—mi padre y yo—en compañía del Sr. Guerrico, entonces secretario de la legación: del tren nos llevó al fundo, en pocos minutos, el carruaje del ministro Balcarce; en la casa nos recibió la hija del prócer—su piadosa Antígona,—Sra. Mercedes San Martín y Escalada de Balcarce. Por cierto no se borrará de mi memoria el recuerdo de aquella patricia, de su distinción suprema, y de su tacto verdaderamente encantador; ha pasado desde aquella visita más de un cuarto de siglo y tengo todavía presente su alta é imponente figura, aquella su

gracia seductora, y la súbita simpatía que á las primeras palabras inspiraba. Al verla, venía á la memoria este breve rasgo de otra matrona ilustre: « Agripina, entrando á la ciudad con el vaso que contiene las cenizas de Germánico, alta, grave, taciturna, bañada en la melancolía que da realce á su belleza no es sino la santa mujer de un patriarca del tiempo de Abraham »—Cierro involuntariamente los ojos: y, ante la poderosa invocación de los 25 años pasados, se iergue á mi vista aquella figura, austera quizá, envuelta en una aureola de respeto y simpatía.... Pues bien: conducidos por ella penetramos al cuarto del general; cualquiera hubiera dicho que éste lo ocupaba, é involuntariamente la mirada buscaba al dueño, desaparecido ya, de aquella habitación, que contenía entonces todas las prendas del guerrero: sus uniformes, sus armas, sus útiles y esa série de objetos de que la familia, á pesar de oponer una constante y dolorosa resistencia de cariño, ha venido desprendiéndose poco á poco en obsequio del país, á solicitud de nuestros gobiernos ó de nuestros institutos.

Inolvidable será para mí aquella piadosa peregrinación al fundo encantador donde pasó San Martín los últimos años de su vida, después que, gracias á la ayuda generosa de su antiguo compañero de armas, el banquero Aguado, pudo conquistarse un pasar. Hasta entonces el prócer argentino se había visto obligado á vivir en tan grande estrechez que, á las veces, rozó la miseria, en aquellos años aciagos en que las naciones por él fundadas vivían entregadas á la licencia y la anarquía, olvidadas del héroe á quien debían su independencia; y el cual, en medio de las amarguras del destierro, más de una vez hubo de repetir con el hierofante americano: «el ir y venir continuo de la vida no es sinó un zozobrar horrible, en el cual todos los días son vísperas del naufragio; y quien lo creyera! el día del naufragio es el primero de la felicidad, supuesto que la tumba es campo de paz y de olvido». La sabiduría de la justa providencia lo libertó de aquella prueba; una vez tranquilo por su situación pecuniaria, adquirió la pintoresca posesión de Grand Bourg,

construída en una parte del fastuoso parque del antiguo marqués de Brunoy, de aquel pródigo hijo del financiero Montmartel, y cuyos legendarios despilfarros permitieron al conde de Provenza—después Luis XVIII—adquirir el suntuoso castillo..... arrasado posteriormente por la revolución, y fraccionado el terreno en lotes, pronto ocupados por habitaciones campestres, que han tenido alguna resonancia: en una de ellas vivió el célebre trágico Talma. Hoy, el título de marqués de Brunoy pertenece á los descendientes del duque de Wéllington, á quien lo confirió Luis XVIII á raíz de Waterloo, para demostrarle su satisfacción por haber vencido á Napoleón el grande. Los Larochefoucauld, antiguos señores del lugar, lo enagenaron desde comienzos del siglo pasado: ¿en qué se funda entónce la conseja, brillantemente renovada entre nosotros hace poco, en un artículo de Pastor S. Obligado (1)—el «tradicionalista» argentino,—y que pretende que Grand Bourg, habitado á fines del pasa-

(1) *“El cuarto del general San Martín”* (tradición). Publicado en *La Nación* de agosto 25 de 1899.

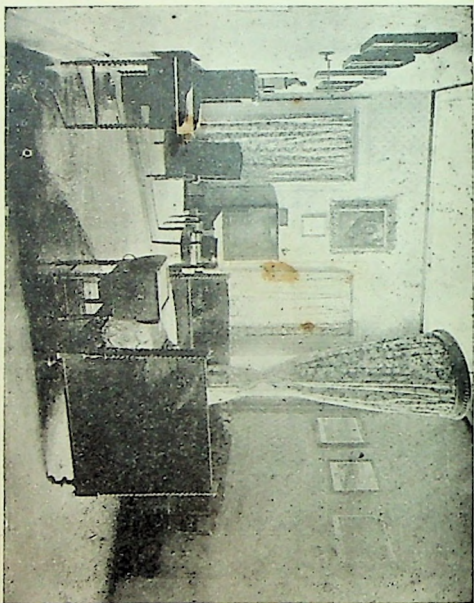
do siglo por un Larochevoucauld, albergó una noche á Luis XVI, el rey-cerrajerro, quien tornilló con sus reales manos la propia cerradura de la puerta de la pieza, que fué después dormitorio del gran capitán argentino? No puedo precisarlo á punto fijo; pero, *se non é vero, é ben trovato*, pues ha dado lugar á la frase espiritual de aquel republicano francés, quién, visitando la habitación y notando que frente á la puerta de la cerradura real se encontraba el estandarte de Pizarro, bordado por las reales manos de la infortunada Juana la loca,—¿otra conseja?—exclamó, «guerrero que independizó medio mundo, bien merece que bordados de una reina adornen su dormitorio, y cerraduras reales guarden el tesoro de sus glorias.»

La propiedad de Grand Bourg, situada á corta distancia de la estación del ferrocarril que conduce de París á Fontainebleau, domina el precioso valle regado por el Yéres; realmente debía reposar, ante aquel tranquilo y hermoso panorama, el espíritu fatigado del hom-

bre ilustre (1) que, después de libertar medio continente, había dado al mundo el singularísimo espectáculo de renunciar abnegadamente á su justa gloria, en la plenitud de la vida, para tomar el camino del ostracismo, consolidando con tan penoso sacrificio la independencia sud-americana, y envainando su sable victorioso antes que mancharlo en las luchas fratricidas. Todo se conserva allí como en la vida de su ilustre pro-

(1) «Yo pienso pasar la mayor parte del invierno en Grand Bourg, — escribía San Martín, en diciembre 5 de 1835: *carta á sus hijos, ms. cit.*—tanto porque me encuentro mejor de salud cuanto porque no me gusta la residencia en París, demasiado bulliciosa en comparación de la calma y tranquilidad que gozo en el campo.»

San Martín, gracias á su intimidad con el banquero Aguado — á cuyas posesiones en el Berry iba frecuentemente á veranear — había entrado en relación con la flor y nata de la sociedad francesa que frecuentaba los salones del opulento español. Entre ellos conoció al famoso banquero Lafitte, con quien intimó y en cuya casa comía con frecuencia. Con este motivo, y llevado por el recuerdo de su larga estadía en Mendoza, acostumbraba lamentarse ante Lafitte de que ninguno de los vinos franceses podía igualar á los mendocinos. Picado el dueño del célebre viñedo del Château-Lafitte, resolvió hacer traer de Mendoza un cajón del ponderado vino; y, sin decir palabra, lo sirve un día á San Martín... Este que tenía gran confianza con él, exclama: «¿Qué aguarás es esta? Pero es intomable!», y el otro replica: «Pues mi amigo, es su célebre mendocino». La sorpresa de San Martín fué extrema. Había olvidado que su patriotismo, aguijoneado por la distancia y por los años, le hacía magnificar sus recuerdos y considerar las cosas de su época argentina como superiores á todo lo posterior.



Dormitorio de San Martin

pietario: la piedad de la familia no ha permitido que se introduzca modificación alguna. Hoy, con el envío del mobiliario, se ha desprendido hasta de la última reliquia del prócer, para confiar á la patria esos recuerdos de la más pura y elevada gloria argentina.

El dormitorio de San Martín es el vivo retrato de la vida austera de aquel guerrero. No puede pedirse sencillez mayor.

Un sofá y dos sillas, á un costado; al otro, á ambos lados de la chimenea, un sencillo lavatorio, y otra silla; en una de las testeras de la pieza, su cama de hierro y su pequeño velador; al centro, la amplia mesa—con su tapete verde, que ostenta manchas de la tinta con que allí escribía,—y donde, hasta sus últimos días, acostumbraba limpiar todas las mañanas sus «chismes de guerra»; el cómodo silloncito de marroquín rojo, y otro grande y de alto respaldar, de verde terciopelo de Utrecht; en la testera del fondo, sobre un escritorio-secretario, dos retratos: uno, en litografía y otro al óleo, representando el primero á Bolívar, y siendo el otro, el cua-

dro referido de Bruselas... La primera vez que penetré en la habitación, me produjo singular impresión el hecho de encontrarse juntos ambos retratos: San Martín, desde su lecho, podía fijar la mirada en su émulo americano, cuya insaciable ambición cortó su carrera, y cuyo trágico destino demostró cuán diversa era la grandeza de alma de los dos libertadores de Sud-América. Más aun: sobre la chimenea, coronando el reloj de mármol, está un busto en bronce de Napoleón, de cónsul romano. ¡Napoleón y Bolívar!... El alma del guerrero y el corazón del patriota americano, se revelan por entero en ese solo rasgo.

De sus campañas solo conservaba, como recuerdo, la referida litografía de Géricault, sobre la batalla de Maipú. ¿Por qué faltaba la gemela sobre Chacabuco? Singular omisión; máxime cuando se nota que la de Maipú está flanqueada por dos litografías de colores, que representan el viage tormentoso del buque Woodford, sorprendido por furioso temporal en viaje de Ma-

dras á Inglaterra, en 1824. (1) ¿Por qué dió preferencia á esas litografías londinenses? ¿Que importancia peculiar tenían para él? Difícil parece la explicación, porque, en el muro del frente, se ostentan otras cuatro litografías inglesas, de 1800, y que representan los episodios más críticos del terrible encuentro naval de Aboukir: cuando la escuadra inglesa, guiada por Nelson, cae sobre la armada francesa, que mandaba Brueys y que acababa de desembarcar en Egipto á Bonaparte y su ejército. (2) Hermosas litografías, á fé; sugerentes en grado sumo. Pues bien: quizá pue-

(1) Esas litografías, publicadas en Londres, en 1825 son grabados de Sutherland, de los cuadros conocidos del pintor W. I. Higgins, pertenecientes á la galería de sir John Forbes. Representan los dos temporales sufridos por el buque, el 10 y el 11 de febrero de 1824.

(2) Esas litografías, publicadas por A. Riley, en Londres, en diciembre de 1800, han sido hechas sobre las acuatinas de W. Ellis, del cuadro pintado por Anderson y dibujado por Chesham, cuyos originales pertenecen hoy á la reina Victoria. La primera, representa á la escuadra inglesa en la noche de agosto 1º de 1798, encabezada por el *Goliath* y el *Zealous*, dirigiéndose á tomar el sur del enemigo anclado: *that splendid station in which was obtained the glorious conquest*. La segunda deja ver la voladura del *L'Orient*. La tercera, demuestra la huida del *Généreux*, *Guillaume Tell*, *Justice* y otros, perseguidos por el *Zealous*. La cuarta presenta el final de la tragedia: el *Tonnant* desmantelado y el *Timoleon* ardiendo.

da explicarse esta predilección por las marinas, cuando se recuerda que el capitán de los Andes tenía el débil de creerse consumado «marinista», y pintaba con frecuencia, á la aguada, marinas ingenuas; la más conocida de las cuales justamente representa un combate naval en el Mediterráneo, en que tomó parte con su regimiento de Murcia, en 1792, contra el mismísimo Nelson.

¡Qué recuerdos! Vestido con el uniforme celeste y blanco, del regimiento de Murcia, había combatido contra Nelson; y Napoleón, en una revista, impresionado por su gallarda apostura, lo había tomado por un botón de su casaca, leyendo en alta voz: *Murcia*... Más tarde, lidiando por la independencia de América, había tropezado con Bolívar. Y, junto á su lecho, en su vejez, parecían acompañarle las sombras respectivas de aquellos tres grandes hombres!

Sobre la chimenea se encuentra una curiosa tela de Gil, el pintor favorito de la independencia. Representa á un hombre vigoroso, vestido como campesino y apoyado en un báculo: ¿es acaso un San

Isidro Labrador, copia de algún cuadro de convento de Lima, ó es una composición original del retratista peruano? Inclínome á lo primero, ya por el asunto cuanto por la factura misma del cuadro, pues, para composición original, difiere del todo en todo de la serie de retratos que han hecho clásica «la manera» del artista limeño. El museo posee 16 telas de José Gil: en ellas representa, con su extraordinaria facultad de fisonomista, aunque mediocre artista,—deficiente en el dibujo y de colorido convencional,—además del ya mencionado retrato de San Martín, al marqués de Torre Tagle, al general R. Guido, coronel Medina, general T. Guido, coronel H. Bouchard, coronel Conde, general Alvarez Thomás, mayor F. Díaz, coronel M. Olazábal, general Necochea, coronel M. Rojas, general H. de la Quintana, coronel J. M. Aguirre, coronel Melián, y D. Nicolás Rodríguez Peña. Pues bien: ninguno de esos retratos presenta analogías con esta tela, amorosamente conservada por San Martín. Y de su autenticidad no cabe duda; se lee al dorso: *Fecebat Josephus Gil, anno millessimo octingentesimo*

desimo primo. El latín y la ortografía són, sin duda, poco cuidados; pero nos permiten saber que dicha fecha (1811), es anterior á la época del florecimiento del histórico retratista.

Para terminar con los cuadros, diré que me ha llamado particularmente la atención la litografía de Bolívar, que lo representa hermosísimo, en la plenitud de su vida. La lámina es de Frey, y el dibujo lleva la firma de Quesnet. Como leyenda, trae las palabras atribuidas á Bolívar, al expirar: «Unión! unión! ó la anarquía os devorará.» Este curioso Bolívar es poco conocido en América: por lo menos, el colombiano Urdaneta, en su minuciosa é interesante iconografía del libertador (1), no lo menciona. No se parece tampoco á las típicamente conocidas, sea la serie de litografías inglesas, calcadas sobre el retrato de *El Mensa-*

(1) ALBERTO URDANETA. *Esjematología ó ensayo iconográfico de Bolívar* (Publicado en la revista *Papel periódico ilustrado*, Bogotá, 1883, año II, números 46 á 48.) Es un trabajo notable, que analiza 169 piezas diversas, tanto sueltas como en libros ó periódicos, aun cuando sean reproducción de unos y otros. Es sensible que no exista sobre San Martín trabajo análogo, tan minucioso y á la vez tan lleno de fina observación artística. La iconografía de Urdaneta goza de autoridad reconocida: así lo establece IGNACIO BORDA: *Monumentos patrióticos de Bogotá* (1892).



Bolívar

jero de Londres; sea las numerosas, inspiradas por la estatua de Tenerani, que es la joya artística de Bogotá; sea las que tuvieron por modelo el famoso perfil de Roullín, ó las que imitan el popular retrato de Espinosa. Cuando San Martín escogió esa litografía, entre las muchas que se podían encontrar á su disposición, es seguramente porque mejor personificaba á su interlocutor de Guayaquil: tiene, en efecto, grande analogía con la preciosa miniatura que el mismo Bolívar le regaló en aquella famosa entrevista, y cuya reproducción se ha hecho hace poco (1). A la verdad que este Bolívar es la mejor encarnación del «delirio del Chimborazo», del orgullo estupendo que le hacía exclamar: «¿Cómo no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado á todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos...»

El mobiliario de este dormitorio no puede ser más severo. La cama de hie-

(1) ALEJANDRO ROSA. *Estudios histórico-numismáticos. Medallas y monedas de la República Argentina*. (Buenos Aires, 1898. 1 vol. gr. in. 4.º de 702—CLXXI pág.) Véase la lámina que precede á la página 81.

rro, imitando madera, pintada de obscuro, con pequeñas columnas á los costados, conserva la sencilla corona de caoba, suspendida del techo, y que sostiene las cortinas. Estas son de fondo blanco y floreado de celeste, como la modesta cobertura de la cama, y las dos cortinas de las ventanas del fondo. Recuerdo conmovedor de la patria, encarnado en la piadosa elección del dibujo: floreado de celeste sobre fondo blanco, de modo que el héroe argentino, al dormir y al despertar, lo primero y lo último que percibía eran los colores queridos de la bandera que hizo temblar sobre los Andes y flamear vencedora en Chacabuco y Maipú. El pequeño velador, por su sencillez, hace juego con el lavabo enchapado, cubierto con delgada piedra mármol: ambos muebles no disuenan de la chimenea de pino pintado, sobre la cual se encuentra el reloj, estilo imperio, y á sus lados dos candeleros, que reposan sobre diminutas carpetas de lana, tejidas en su niñez por la propia hija de San Martín. Las sillas son igualmente sencillas: su asiento es forrado de reps verde, como el

gran sofá, cuyos cojines son, sin embargo, de hermoso damasco amarillo. El secretario, único mueble que adorna la testera del fondo, es de caoba y tiene un cajón superior que sólo puede abrirse cuando lo está la puerta-mesa, que descubre una serie de cajoncitos; y en la parte inferior se encuentra análoga división. Sobre este cómodo y elegante mueble, coronado por delgada chapa de mármol, se encuentra una caja-cigarra para habanos: es de ébano, con incrustaciones de nácar y bronce. A su lado se halla una típica fosforera,—realmente del «tiempo de la pajuela»—que representa á un zapatero, en el acto de tirar los cordones de unos zuecos: tiene á su lado una canasta, y se lee esta maliciosa inscripción: *nous faisons de la savate*, aludiendo al juego de palabras del artículo de zapatería y del contundente *sport* francés, en el cual sus campeones han logrado derrotar á los más afamados *boxeadores* ingleses.

Completando estas reliquias, posee también el museo el gran cuadro al oleo,

pintado por la hija del general, y representando el famoso estandarte real de Pizarro, que asevera la tradición haber sido bordado por las propias manos de la infausta madre de Carlos V; y que el cabildo de Lima regaló al héroe argentino, como trofeo glorioso después de haber libertado al Perú. Como se sabe, San Martín dispuso en su testamento que fuese devuelto á aquel país, lo que se efectuó en una imponente ceremonia, en el mismo fundo de Brunoy, después de haber cubierto con dicho pendón al féretro, trasladado desde Boulogne. Gutiérrez, en su conocido libro, ha popularizado la lámina, describiendo minuciosamente el contenido: así, lo primero que llama la atención es la serie de parches de los alféreces reales, que conmemoran haber sacado á tremolar esa insignia, año tras año; ¿se trata entonces del verdadero estandarte de Pizarro, el de la conquista, ó es éste el estandarte real que se sacaba anualmente por las calles en todas las colonias, hasta la independencia? Es cierto que la autenticidad del histórico pendón está afianzada por una serie de documentos fidedignos:

el más importante de éstos es el acta de la municipalidad de Lima, de abril 2 de 1822; el alcalde Alvarado presenta el pendón, que habia sido encontrado por el libertador argentino y por éste entregado para «que se le diese razón de si era el que introdujo D. Francisco Pizarro cuando tomó la capital». Y el acta agrega: «habiéndose adquirido noticias fidedignas, practicándose todas las diligencias que se creyeron oportunas para investigar si era el que se deseaba saber, resulta ser el mismo estandarte real con que los españoles esclavizaron á los indígenas del Perú». (1) No se especifican desgraciadamente ni las noticias adquiridas ni las diligencias practicadas: y con esa sumaria autenticación fué al día siguiente solemnemente obsequiado á San Martín.

Ahora bien, la serie de parches antes referida es terriblemente sugerente. Contribuye á dar mayor fundamento á la duda, el hecho de que el general Sucre escribiera á Bolívar, desde el Cuzco,

(1) Esa documentación ha sido publicada en el libro de 1864: *El general San Martín*. Véase página 268.

á 30 de septiembre de 1824, noticiándole haber encontrado allí el legítimo estandarte, y agregaba: «Le hago á V. el presente de la bandera que trajo Pizarro al Cuzco 300 años pasados; son una porción de tiras desechas; pero tiene el mérito de ser la conquistadora del Perú. Creo que será un trofeo apreciable para V. No lo mando ahora, porque no se extravíe; la llevará el primer oficial de confianza que vaya». Si bien O'Leary dió á conocer dicha carta, (1) no se ha hecho pública la contestación de Bolívar. Pero esto ha dado margen para que, en el norte de Sud América, se sostenga que San Martín fué víctima de un engaño involuntario, y que Bolívar, en esto más afortunado que su rival, logró poseer la reliquia original, legándola á Carácas, donde hoy se conserva: el venezolano Rojas sustenta copiosamente esa versión. (2)

(1) O'LEARY. *Memorias*. Carácas, 1879 t., I., pag. 509

(2) Véase el cap. titulado: *El estandarte de Pizarro*, y dedicado á Rafael Seijas; se encuentra en: ARISTIDES ROJAS, *Un libro en prosa* (Carácas 1876) p. 302. Ha sido además reproducido en: JOSÉ FÉLIX BLANCO. *Documentos para la historia de la vida pública del libertador* (Carácas 1876) X. 157. El estudio de ROJAS no resuelve la cuestión: escrito con posterioridad á la devolución hecha al Perú del pen-

Pero, si bien es deficiente el acta original del cabildo limeño, en cambio la ingratitud del mariscal Castilla, al reclamar, en 1849, al fundador de la libertad

don regalado á San Martín. omite cuidadosamente referirse á este estandarte; y, por los detalles que da, parece tratarse mas bien de un gonfalon de Pizarro,—como el lo llama—y no del pendón de la conquista. Sin embargo, es lo cierto que en Carácas se le tiene por el legítimo y se le exhibe en tal carácter al público en las grandes solemnidades, como se hizo al ser donado, en 1826—con cuyo motivo el gonfalon fué lastimosamente arrastrado por las calles por el populacho, y casi destruido, al extremo de que la municipalidad tuvo que hacerle poner un campo nuevo de damasco encarnado; en 1842, al repatriar los restos de Bolívar; en 1872, al reanudar las relaciones con España, y en 1883, al celebrar el centenario de Bolívar. Pero, es indudable que se trata solo de un gonfalon cualquiera, quizá de los muchos usados por las huestes de Pizarro: solo queda de la época algunos restos del escudo, y una curiosa pintura del apóstol Santiago, jinete en un caballo blanco, espada en mano ... Este solo detalle demuestra que no era aquella la bandera real, que Pizarro temolaba en nombre de la corona y con la que debeló el imperio de los Incas: probablemente se trata tan solo del estandarte del alférez real del Cuzco.

El hecho histórico es que, enviado el gonfalon por Sucre á Bolívar, éste lo donó á la municipalidad de Carácas, en los términos pomposos que acostumbró siempre: «La ciudad de Carácas—escribía oficialmente el ministro Soublette, en Bogotá, á 9 de enero de 1826.—cuna del libertador, y baluarte inexpugnable de la libertad, tiene derecho á conservar en su seno la insignia de los ultrajes cometidos por el gobierno español en la tierra de los Incas, que al cabo de tres centurias ha sido conquistada por el insigne americano que Carácas produjo para la felicidad de los hombres.» El estandarte fué recibido con toda solemnidad en 26 de febrero de aquel año, y en nota de esa fecha decia la municipalidad: «...ha visto con singular aprecio el presente que el gobierno se ha dignado hacerle, del estandarte real de Castilla abatido en el Perú

del Perú el glorioso trofeo, dió margen á que San Martín, en su nota fechada en Boulogne-sur-mer, á 8 de diciembre, die-

por el ejército de Colombia.... Ella se ha congratulado con el pueblo que representa, por la posesión de este doble monumento de la tiranía de los españoles y de la nueva gloria del libertador.» Y, en consecuencia, en 19 de abril de dicho año, fué paseado por las calles de Caracas: con cuyo motivo tuvo lugar la deplorable profanación á que antes aludí.

Se observará, sin embargo, con cuanto cuidado se omite el nombre de Pizarro en todas las comunicaciones oficiales relativas al estandarte: nadie podía negar que se trataba de un gonfalon real, tanto más cuanto que Sucre lo encontró en el Cuzco en el cuarto de banderas, con más de 14 de éstas, de las que envió 5 al gobierno de Colombia.... pero ¿era aquel el pendón de Pizarro?... Esa es la cuestión.

Por otra parte, Bolívar ha sido doblemente más feliz que San Martín en este singular episodio del histórico pendón de Pizarro, porque la musa colombiana más activa (que no más patriótica) que la argentina—ha inmortalizado la autenticidad del dudoso gonfalon del Cuzco. FERNÁNDEZ MADRID, el épico vate neogranadino, le dedicó un magnífico soneto, admirado en toda América:

*Estas son las banderas que algun día
En manos de Pizarro tremolaron;
Estas en Cajamarca presenciaron
La mas abominable alevosia.*

*Recuerdos de opresión y tiranía,
Al Perú tres centurias insultaron.
Y los libertadores las hallaron
Tintas en pura sangre todavia,*

*Monumento de un déspota insolente,
Banderas de Pizarro ensangrentadas
Que rindió ante Bolivar la victoria:*

*A los piés de Colombia independiente,
Para siempre abatidas y humilladas
No mas nuestro baldon, sed nuestra gloria.*

ra desconocidos detalles sobre la autenticidad del trofeo. «A los pocos días de la entrada en Lima del ejército libertador —dice— hice practicar las más vivas diligencias á fin de averiguar si el estandarte en cuestión había sido llevado por los españoles ó se hallaba en poder de algún individuo existente en el territorio que dicho ejército ocupaba. Todo fué inútil para descubrir su paradero; pero algún tiempo después la denuncia secreta que me hizo un español de que el estandarte existía en poder del marqués de... (cuyo nombre no tengo presente en el momento), enemigo declarado de la independencia, el que habitaba una de sus haciendas cerca de Chíncha ó Pisco, me decidieron á mandar un oficial con orden de recuperarlo; pero, desconfiando de que dicho marqués hubiera sustituido algún otro signo ó bandera al verdadero estandarte, creí conveniente, para salir de toda duda, pasarlo á la municipalidad de la capital para su verificación, y, realizada que fuese, depositarlo en la Biblioteca Nacional». Fué con ese motivo que el cabildo de Lima se ocupó del estandarte, comprobó su autenticidad, y resolvió

regalarlo al protector. En cuanto á la devolución, tan ingratamente pedida por Castilla, el héroe ofendido se contentó con decir: «Yo había prevenido con mucha antelación los deseos del señor presidente, declarando en mi disposición testamentaria ser mi voluntad que el dicho estandarte fuese presentado á la república, por mis herederos, después de mi fallecimiento, como una demostración de mi agradecimiento á las distinciones con que me honró su primer congreso.» Y agregaba melancólicamente, previendo quizá su próximo fin: «este término no será tal vez de larga duración, vista mi edad avanzada y lo destruído de mi salud.» (1) Murió, efectivamente, al año siguiente, y sus herederos cumplieron aquella última voluntad... ¿Dónde se encuentra hoy dicho estandarte? Parece haber desaparecido de Lima: quién sabe en poder de qué persona existe—caso de no haber sido destruída—tan preciosa reliquia, cuyo único recuerdo auténtico es la copia que hoy posee nuestro museo histórico.

(1) Esta documentación ha sido publicada por J. A. PILLADO. *El pendón del conquistador Francisco Pizarro* (Véase *El Nacional*, junio 29 de 1899.)

Realmente es una fatalidad que San Martín y Bolívar chocaran en su época, y tengan que seguir chocando en la posteridad. Al libertador argentino le había sido solemnemente donado por el cabildo de Lima, el estandarte de Pizarro, por haber independizado al Perú; mientras el colombiano poseyó el pendón que pretende ser el verdadero, en razón de haber sido sigilosamente arrancado del Cuzco—aun cuando lo fuera por la mano gloriosa del vencedor de Ayacucho,—como sigilosamente también ha querido usurpar la gloria de ser el libertador del Perú... ¡Singular destino el de Bolívar, respecto á usurpaciones! Olmedo, en estrofas inmortales, lo ha consagrado como el héroe de Junín y quien decidió la batalla: en la imaginación popular ha usurpado esa gloria, pero la intergiversable verdad histórica es que, creyendo perdido el terrible encuentro, se retiró del campo de batalla junto con su estado mayor, y que sólo la inspiración genial del argentino Suarez, arremetiendo con sus húsares,—cuando el invencible Necocha, después de su heroica carga, caía acribillado de heri-

das y era dado por muerto,—cambió la suerte de las armas y arrancó la victoria de las manos asombradas del adusto Canterac (1); horas después, fué necesario que Miller enviara un propio con un billete á Bolívar, llamándole y dándole cuenta del hecho, para que volviera y supiera tan solo entonces... que era vence-

(1) Este punto histórico está fuera de cuestión. MITRE: *Historia de San Martín*, IV, 81 ha dicho al respecto la última palabra, demostrando cómo, apesar de ser Necochea el jefe de la caballería, la gloria del triunfo en puridad de verdad corresponde á Suárez: aquél había caído herido y la batalla estaba perdida, si no se le ocurre á este echarse á retaguardia sobre los vencedores y cambiar así una derrota en triunfo. Los patriotas volvieron caras y eran perseguidos en desórden, dice M. F. LAZ SOLDAN: *Historia del Perú independiente* I, 255. La persecución continuaba de frente; mas felizmente el escuadrón Húsares del Perú, mandado por el teniente coronel Suárez, favorecido por un pantano, no pudo ser atacado; y viendo que los realistas estaban en desórden, persiguiendo á la caballería colombiana, aprovecha el intrépido Suárez de este momento: los carga por retaguardia; contiene la fuga de otros escuadrones patriotas, vuelven á hacer frente á los españoles, que al verse atacados tan inesperadamente, se dispersan y huyen vergonzosamente, quedando el campo por los defensores de la mejor causa, sostenida por tan valientes guerreros. La controversia respecto del papel de Necochea y Suárez en Junín ha sido amplia y definitivamente debatida en una polémica entre DARDO ROCHA y LUCIO V. MANSILLA, en el diario *La Nación* (julio 9 á 26 de 1894). Véase además J. J. BIEDMA, *Ola-varria*, en *El Museo Histórico*, III 193.

He aquí, lo que al respecto, sin embargo, me escribía el nieto de uno de esos próceres:

• Sin querer empañar la gloria imperecedera de

dor! Pero ¿pasará acaso otro tanto con el perdón de Pizarro? Convendría que fuese, una vez por todas, dilucidada esta controversia.

Ni en la vida ni en la muerte quería sufrir rivalidades la grandiosa ambición

Suárez, creo que no se le hace la debida justicia á Necochea, por la parte que le cupo en esta acción, por ser él el jefe de las caballerías. El general Bolívar aceptó toda la gloria de una jornada en la que tuvo tan poca participación; y, en la creencia de que Necochea moriría de resultas de sus heridas, deja pasar mas de dos meses para nombrarlo general de división; con aquella carta elogiosa que no alcanzó á engañar al agraciado, quien exclamó con Shakespeare, de quien era muy afecto: *words, words, words!*

« Miller, en sus *Memorias*, casi ni menciona á Necochea, por cuya razón, según tradición de familia, el coronel O'Brien, con la fogosidad de su sangre irlandesa, se empeñaba en que Necochea debia refutar ó desafiar á Miller, ó permitirle á él hacerlo. Bastante trabajo costó á Necochea vencerlo del ridículo en que lo pondría haciendo una ú otra cosa; al fin lo tranquilizó diciéndole que si algo había hecho digno de mención, no faltaria quien lo publicara. Tan modesto era el caracter de Necochea que decía en cualquier ocasión, que si alguna gloria tenía su espada era no haber derramado una sola gota de sangre de hermanos; y cuando, á indicación de Rivadavia, se le propuso aceptara la presidencia de la república, por tres veces rehusó, diciendo que únicamente con la espada podía ser útil á su país, porque no tenía otra preparación, y que á la vez no quería ser instrumento inconsciente de sus ministros.

« Al presentarle un día á su señora, doña María de la Puente, al coronel Suárez, en Buenos Aires, lo hizo diciéndole:—Te presento al verdadero vencedor de Junín. General, yo no hice mas que obedecer una orden, contestó Suárez.—Pero una orden tan bien ejecutada, que, á demorar un minuto, se pierde todo.

del libertador colombiano. Y por más que haya hecho el argentino para evitarlo, no será posible suprimir ese hecho de la historia de este continente.

Nada revela más gráficamente la antítesis de San Martín y Bolívar, que su

« El coronel Ros, en su *Corona fúnebre* de Ne-cochea, dice, describiendo parte de la batalla: «....Colocase á la cabeza de los cuerpos de Colombia y de los Andes, que forma en escalones.... dejando una reserva para todo evento mientras él embiste de frente... He allí la circunstancia crítica, el momento decisivo de la suerte de la refriega; he ahí el instante en que debía producir su fruto la rápida combinación dispuesta con ánimo sereno al frente del peligro, desarrollada oportunamente con serenidad y denuedo. El valiente Suárez, jefe de nuestro escuadron de reserva.... se lanza audazmente sobre aquellas tropas engolfadas en la persecución....

*¿Mas que era entretanto del guerrero esforzado
Otra vez vencedor y otra cantado?*

« Viendo huir á aquellos granaderos que, en los bellos días de sus triunfos, habían seguido siempre sus huellas victoriosas

*Recuerda que vencer se le ha mandado;
Y no ya cual caudillo, cual soldado,
Los formidables impetus contiene,
Y uno en contra de ciento se sostiene.
Como tigre furiosa
De rabiosos mastines acosada
Que guardan el redil, mata, destroza,
Ahuyenta á sus contrarios y aunque herida,
Sale con la victoria y con la vida.*

« Así mereció el renombre de vencedor y víctima de Junín.

misma iconografía. La soberbia estatua de Daumas, que adorna nuestra plaza del Retiro, presenta al héroe argentino á caballo, arrogante, con marcial apostura, fisonomía grave y serena á la vez, con su sable corvo, y en la actitud enérgica y tranquila del mando consciente; la imponente estatua de Tenerani, colocada en la plaza principal de Bogotá, representa al héroe colombiano de pie, envuelto en los pliegues de una capa

« El poeta José Arnaldo Marquez concluye así su composición á la memoria de Necochea:

*Duerme, guerrero, en paz!.... Sobre tu fosa
La gloria de Junín llora postrada....*

« Numa P. Llona, en la muerte de Necochea:

*Es el último faro,
Que entre la noche de civiles guerras
Brilla sereno y claro;
Su nombre es—Necochea:
Su gloria—el mundo la miró asombrado
Con blancos cráneos en Junín escrita....
.....Triunfar en Chacabuco!
Ser de Junín la estrella!
Oh! ¿es morir, su cifra refulgente,
Grabada con la punta de su sable,
Dejar de un siglo en la soberbia frente?
¿Eso llaman morir? Oh! si la gloria
Y la vida trocar posible fuera,
¡Vencedor en Junín y en Putaendo!
Mi vida por tu muerte yo te diera!»*

(FEDERICO HAYMES, Carta al autor. Buenos Aires
Octubre 24 de 1899.)

convencional, el rostro adusto, llena de arrugas prematuras la ancha frente, con cierto gesto displicente, respirando su apostura desencanto y vacilación, mientras que en la diestra tiene una espada que asemeja espadín de salón, y que ciertamente jamás usó. La estatua de aquél fué costeadada por subscripción nacional, debida á la gratitud de un pueblo; la de éste, fué el testimonio del agradecimiento personal del general millonario José I. París, quien la donó al congreso de Nueva Granada... En los retratos populares es más sensible aun la diferencia: el bellissimo perfil de Roullin representa al Bolívar íntimo, mostrando en sus facciones las huellas inequívocas de una ambición decepcionada, con rasgos violentos y amargos, agriado el espíritu por los naturales inconvenientes que suscita una dominación personal demasiado prolongada; el óvalo de San Martín, debido á Castan, le presenta en su tranquila vejez, con la fisonomía placida y serena del hombre que ha cumplido con su deber y cuya conciencia nada le reprocha, sabiendo que ha conquistado las bendiciones de los pueblos,

pues careció de ambiciones personales y sólo buscó el bien de la comunidad.

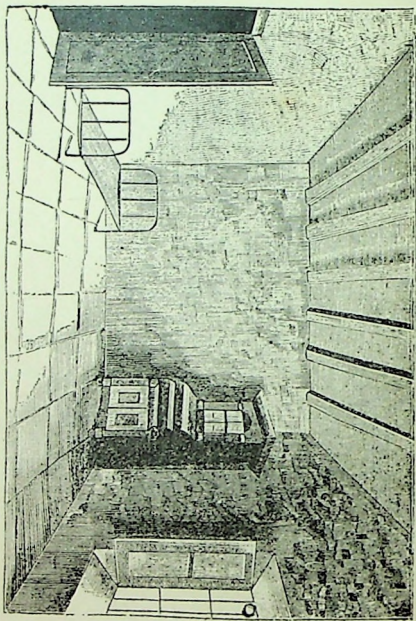
El criterio que los inspiró en vida fué, en efecto, opuesto. Mientras Bolívar gobierna con presidencias vitalicias, usando las «facultades extraordinarias» de un poder dictatorial é ilimitado; (1) San Martín, por el contrario, liberta á los pueblos y da el notable ejemplo de no inmiscuirse en sus gobiernos: tal lo hizo en Chile, y en el Perú se ciñó á la constitución proclamada. Fuera de él, nada concibe ni nada admite el colombiano: como Napoleón, pretende que sus tenientes se encarguen del gobierno de los pueblos; el argentino, no permitió que sus jefes pesaran en la organización de los países independizados; aquél, á medida que «libertaba» un país, lo incorporaba al que él mandaba, aspirando á una especie de imperio continental; éste, así que se organizaba cada nación, á ella se sometía y llevaba su abnegación hasta poner al frente de su ejército las banderas del país por el cual combatía. Su

(1) JOSÉ MANUEL RESTREPO. *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América Meridional*. Besanzon 1858: passim, en los 4 vols.

misma existencia privada fué antitética: el uno, viudo jóven, de temperamento fogoso, vive públicamente con sus queridas y las hospeda en el palacio presidencial, hasta el extremo de deber la vida al arrojo de la quiteña Manuela Sáenz, en la noche triste de la conjuración de Bogotá; el otro, guarda á la santidad del hogar un rigido respeto, y da el ejemplo de la moralidad y corrección desde los encumbrados puestos que ocupa. (1)

La muerte de ambos presenta singulares analogías: para morir, buscan el

(1) La leyenda de «la Protectora y la Libertadora» que ha popularizado Palma (*Tradiciones peruanas*, Barcelona 1896, t. IV, p. 161) parecería contradecir esa asercion; pero es solo en apariencia, pues las relaciones de San Martín con la hermosa guayaquileña Rosa Campusano tuvieron por objeto servir á la causa de la independencia, utilizando los secretos de Tristan y Lamar, que aquella poseía; mientras que la varonil quiteña Manuela Sáenz no solo era la querida oficial de Bolívar, sino que, en los actos militares «cabalgaba (al lado de aquel) á manera de hombre en brioso corcel, escoltaba por dos lanceros de Colombia, y vistiendo dolman rojo con brandeburgos de oro y pantalon bombacha de cotonia blanca.» Este incidente presentaba singulares analogías con las históricas debilidades de nuestro Liniers para su querida Anita Perrichon; los caudillos de nuestras contiendas civiles observaban igual procedimiento: Ramírez y su valiente Delfina son de ello ejemplo elocuente. Bolívar, pues, obraba en ésto como caudillejo vulgar; véase A. ROJAS, *Leyendas históricas de Venezuela*, Carácas, 1890; cap. *El libertador y la libertadora del libertador*.



Dormitorio de Bolívar

mar y á sus orillas se extinguen; el argentino, en tierra europea y casa extraña, en Boulogne-sur-mer; el colombiano, en tierra americana y en la quinta amiga de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta. El uno procura instintivamente aspirar las brisas del Atlántico, que, en otro hemisferio, baña las costas de su patria, poniéndose, por tan piadoso subterfugio, cuasi en contacto con la tierra donde nació; el otro deja á sus espaldas el hogar de sus mayores, llega proscripto al límite de la tierra firme, y parece pedir al mar de las Antillas el hálito de países extraños, ya que le era ponzoñosa la atmósfera de la pátria. Coincidencia curiosa: la pieza en que murió Bolívar se asemeja extraordinariamente á la que fué de San Martín; también usó aquél cama de hierro, como éste, y el último mueble que le sirvió fué, como al otro, un escritorio-secretario: mueble elegante y sólido, pero más lujoso por sus molduras y adornos que el conservado en nuestro museo (1). Ambos, igualmen-

(1) La comparación de las láminas que representan ambos dormitorios, y que, entre otras, adornan este opúsculo, me exime de entrar en más prolijos detalles: la del de San Martín es tomada

te, tuvieron médicos franceses y fueron por ellos solícitamente atendidos: aquél, por el Dr. Reverend; éste, por el Dr. Jordan. Muere Bolívar 20 años antes que San Martín, pero atormentado y llevando á la tumba la conciencia del fracaso de sus ambiciones y de sus ideales; éste, se extingue sin haber visto aún consolidada la obra de orden y redención que soñó, pero seguro del éxito. Esta divergencia en el final confirma el contraste de su existencia: el uno, provocó y fomentó el entusiasmo y la idolatría de su persona, con sus deslumbrantes condiciones de moderno Alcibiades; el otro, asemejando más al discreto Aristides, sólo ambicionó la gratitud de la posteridad y prescindió del aplauso y de la vanagloria de los coetáneos. Se va el colombiano en plena edad viril, á los 47 años, marchita el alma, agotadas sus

directamente de la pieza reconstruida; la del de Bolívar es reproducción de la que trae el *Papel periódico ilustrado*, de Bogotá, II. 408. Es curioso comparar ambos dormitorios mortuorios con el de Mount Vernon, donde falleció Washington: la lámina respectiva se encuentra en: HUTCHINS & MOORE, *The National Capital*, p. 246. El dormitorio de Washington es relativamente lujoso y lleno de confort, mientras que el de San Martín es de una severidad espartana, y el de Bolívar, en medio de su sencillez, traiciona los gustos aristocráticos del dueño.

energías y seco su corazón, expulsado de su patria y perseguido por el ódio implacable de sus paisanos; desaparece el argentino en edad provecta, á los 72 años, rodeado de sus hijos y de sus nietos, habiendo en su vejez saboreado el dulce néctar de la felicidad. «Los viejos aman, son felices de memoria: su mundo ha pasado; pero, como los astros en sus órbitas, no se pierde, y vuelve a sus ojos cada día, y está girando sobre su cabeza, para consuelo de sus corazones y gloria de su vida. Aman los viejos: aman á esas sombras que los visitan en sueños, y les prometen una santa renovación de los amores y placeres allá donde éstos se ofrecen á los labios sin liga de vicios ni amarguras, y son eternos, como las ondas de luz en que rebosa la morada de la felicidad infinita. El fuego del padre, además, ¿no sigue vivo en el corazón del hijo?, y allí hace obra de dos caras, que tanto miran al tiempo pasado cuanto al porvenir?» Parecen escritas expresamente para San Martín esas hermosas palabras. Y quien tal dijo con acierto semejante, añade aún: «Bienes de fortuna, títulos, preseas, la muerte nos regala en-

vueltos en el llanto que debemos á nuestros progenitores: sus pasiones, sus placeres, sus esperanzas, herencias son con que nos enriquecen en vida, haciéndonos escritura que sellan sus enfermedades y dolores, y certifican nuestra salud y brío. Dejadlos, pobres viejos, personas venerables, que descansen en la fría atmósfera donde los ha metido el tiempo: el afecto de sus hijos, las caricias de sus netezuelos les abrigan el alma, y en el calorcillo del hogar donde arden las virtudes, perciben ellos uno como aliento de las llamas de la gloria.» Hasta en esto, pues, San Martín superó á Bolívar: se asemeja mas á Washington, espirando en su casa de campo, en plena atmósfera de felicidad, rodeado por su esposa y sus hijos adoptivos, extinguiéndose sin dolor y como un cirio que se apaga:..... Ah! Washington y San Martín habían cumplido su deber y llenado su misión histórica: bajaban á la tumba como justos varones, á descansar de una vida honesta y horadamente empleada; mientras Bolívar fué insaciable, vivió inquieto y murió desesperado.

¡Cuán diferente, empero, el destino de

ambos! El colombiano se empeña en perpetuarse en el poder, á despecho de su patria; el argentino, concluída su misión libertadora, se aleja espontánea y deliberadamente de la vida pública. ¿Por qué esa retirada? ¿Cuáles fueron los motivos secretos que lo impulsaron á tan singular resolución?... «Me dice V. en la suya última—escribía San Martín al general Miller, desde Bruselas, á 19 de abril de 1827, y en carta tan sólo recientemente revelada—lo siguiente: *Se-
qún algunas observaciones que he oido
verter á cierto personaje, él quería dar á
entender que V. quería coronarse en el
Perú, y que este fué el principal objeto
de la entrevista de Guayaquil.* Sí, como no dudo (y esto solo porque me lo asegura el general Miller), el cierto personaje ha vertido esas insinuaciones, digo que lejos de ser un caballero, solo merece el nombre de un insigne impostor y de despreciable pillo, pudiendo asegurar á V. que si tales hubieran sido mis intenciones, no era *él* quien hubiera hecho cambiar mi proyecto.»

El desmentido, pues, no puede ser más enérgico y categórico: Bolívar calum-

niando á San Martín, es un triste epílogo de aquella infausta rivalidad. Y añade el libertador argentino: «En cuanto á mi viaje á Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar, para terminar la guerra del Perú. Auxilios, que una justa retribución (preescindiendo de los intereses generales de América) lo exigía por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada, cuanto el ejército de Colombia, después de la batalla de Pichincha, se había aumentado con los prisioneros y contaba con 3600 bayonetas; pero mis esperanzas fueron burladas al ver que, en mi primera conferencia con el libertador, me declaró que, haciendo todos los esfuerzos posibles, sólo podía desprenderse de tres batallones con la fuerza total de 1070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia: así es que

mi resolución fué tomada en el acto, creyendo de mi deber hacer el último sacrificio en beneficio del país. Al siguiente día, y á presencia del vicealmirante Blanco, dije al libertador que habiendo dejado convocado al congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el Perú, añadiendo: *Ahora le queda á V., general, un nuevo campo de gloria, en el que va V. á poner el último sello á la libertad de la América.* (Yo autorizo y ruego á V. escriba al general Blanco, á fin de rectificar este hecho). A las 2 de la mañana del siguiente día me embarqué habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote, y entregádome su retrato, como una memoria de lo *sincero* de su amistad. (1)

(1) Con este motivo refiere AZPURUA, *Biografía de hombres notables de Hispano-América*. — IV.—Caracas, 1877.

«Cuando el general San Martín tuvo su entrevista con Bolívar en Guayaquil, en 25 de julio de 1824, el patriota uruguayo (*sic*) presentó al patriota caraqueño una medalla de brillantes, que representaba *el sol peruano*, colocada dentro de una caja de oro que tiene esta dirección: *El protector del Perú al libertador de Colombia*. Parece ser esta medalla una de las dos decretadas por San Martín el 1º de octubre de 1821; y será ella *el sol del Perú*, que poseía la familia de Bolívar, y que luego pasó á ser prenda y propiedad del mariscal Juan Crisóstomo Falcón, presidente de Venezuela en 1856.» ¿Es exacta esa versión? No he podido encontrarla comprobada en fuentes argentinas.

mente, todas las furias de la difamación. Mi estadía en Guayaquil no fué más que de 40 horas, tiempo suficiente para el objeto que llevaba.» (1)

La grandeza de alma de San Martín y el terrible egoismo de Bolívar, resaltan de cuerpo entero en el crítico incidente: la libertad de América dependía de la unión, y fué menester el sublime sacrificio del uno para que no la hiciese malograr la intransigente ambición del otro. Y sin embargo Bolívar, amargado quizá por los remordimientos, pretendió cohonestar su egoismo calumniando á San Martín! (2). Ciertamente es que

(1) Este documento decisivo, que soluciona definitivamente el problema histórico de la entrevista de Guayaquil, formaba parte de los materiales acumulados por el general Miller para una segunda edición de sus famosas *Memorias*: todos esos manuscritos se encuentran hoy en el archivo único del finado Angel J. Carranza. Por este cedida al numismático Rosa, la carta de San Martín fué publicada en fac-símile en: ALEJANDRO ROSA, *Estudios histórico-numismáticos*, vol. cit. pág. 80. Por ser poco conocido su texto, se reproduce en este opúsculo dicho fac-símile, por galantería del señor ROSA.

(2) «El general San Martín—escribía BOLIVAR á Fernando Peñalver, desde Cuenca, á 26 de septiembre de 1822. (Cartas del libertador, en *Memorias* del general O'LEARY, Caracas 1887), p. 257—vino á verme y me pareció lo mismo que ha parecido á los que más favorablemente juzgan de él, como Francisco Rivas, Juancho Castillo y otros.» se nota la reticencia de este juicio ambiguo. Mas todavía: su propósito secreto de sacrificar al émulo, se revela

tampoco fué comprendida por los coetáneos la actitud de éste, antes bien desencadenó contra él, siquiera momentánea. A ellas opuso el héroe el silencio más absoluto, fiel al precepto estoico: «Vale más enfurecerla hasta no más, desconcertarla con un semblante augusto è impasible á esa Euménide homicida que se llama difamación; pues muchas veces el mirar demasiado al decir de la gente, apoca un ánimo grande y generoso por natrraleza. La sabiduría consiste en no poner siempre en olvido el juicio de los demás, y en no ser esclavo sumiso del qué dirán. Si el temor de la murmuración fuera la norma constante de nuestras acciones, nunca saliéramos de la órbita mezquina en que ruedan las del vulgo: sin noble atrevimiento no puede haber grandeza.»

La intergiversable justicia histórica ha pronunciado ya su fallo, y los mismos fanáticos bolivaristas—para quienes Bolívar es una especie de nuevo Mesias

en estas palabras, que agrega: «No siendo adivino no sé cual será el resultado de esta lucha, porque las fuerzas son relativamente iguales. Pienso quedarme en el sur hasta la decisión de la suerte del Perú, porque, en caso fatal, tenemos que hacer esfuerzos inauditos para terminar la guerra por esta parte.»

—comienzan á reconocer la verdad, por más eufemismos que empleen. Larrazabal, el más ardiente panegirista del libertador colombiano, ha tenido que decir: «Bolívar, más joven, más brillante, mejor dotado que San Martín en todo lo que deslumbra y fascina, se presenta en la lid de la América como el paladín que tributa culto de adoración á una deidad celeste y le jura su lealtad caballerisca hasta su postrer suspiro; por eso, condenado á dejarla, repudiado por ella, nada ni nadie alcanza á arrancarle á la playa querida... San Martín, al contrario, severo é inflexible, tuvo en nuestro suelo la misión de un padre; cuando creyó que no era necesaria ó se desconocía su tutela, dijo un adiós eterno al suelo que había redimido y se fué á amarlo en silencio más allá del mar... Bolívar es la prodigiosa multiplicidad de las facultades del genio; San Martín es la inflexible unidad del genio mismo.» (1)

(1) FELIPE LARRAZABAL: *La vida y correspondencia general del libertador Simón Bolívar* (Nueva York 1878) II. 166. Ya hoy la opinión imparcial de los historiadores europeos empieza á discernir la diversidad de méritos de San Martín y de Bolívar: la reacción contra el endiosamiento exagerado que,

... El museo histórico nacional ha logrado, pues, reunir una serie interesantísima de recuerdos del gran capitán argentino. Para ello no habría sido bastante todo el celo de su director, si no hubiera conseguido inflamar el patriotismo de la nieta sobreviviente del ilustre prócer: la señora Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez de Estrada,— argentina por estirpe y por el corazón, aun cuando haya nacido y vivido en el extranjero, sin conocer el país de sus mayores—es, en efecto, una dama cuya alma tiene el temple de las matronas antiguas. En su hogar se veneró siempre á su abuelo,—á su abuelo, que la quería tan entrañablemente que, según cuenta la conocida tradición, dábale sus gloriosas cintas de Bailén para calmar sus llantos de pequeñuela,—y sin embargo ha bastado que desde la patria se haya hecho un llamado á su corazón argentino, para consumir el más cruel de los sa-

durante su autocracia popularizó Guzmán Blanco, —creyendo ingenuamente cohonestar con esto su personalismo absoluto.— hoy es evidente. Me bastará referirme á una notable y novísima historia universal, que en estos momentos se publica en Alemania, y en la cual el autor juzga con criterio de rara exactitud los sucesos de América: HANS J. HELMOLT. *Weltgeschichte* (Leipzig 1899) I.

críticos: desprenderse en vida de todos los recuerdos del abuelo querido, y enviarlos tras los mares, á tres mil leguas de distancia. «En vista de todos esos patrióticos empeños,—escribía aquella señora á Carranza—que tanto honran la memoria de mi venerado abuelo, he decidido, prescindiendo de mis sentimientos íntimos, conforme lo participo á V. por la presente, donar desde ahora al museo histórico no sólo todos los muebles de mi abuelo, que conservaba yo religiosamente... sino también los dos recuerdos más preciosos que de él me había legado mi querida madre: el hermoso retrato original, al óleo, de mi abuelo, hecho en Bruselas el año 1827, creo, del que mi señora madre hizo una copia que obsequió hace varios años, á la biblioteca ó museo de Buenos Aires; así como el facsimile ó copia exacta del estandarte real de Pizarro, que mi madre pintó antes de entregar solemnemente al gobierno del Perú, por manos de su representante en París, ese glorioso trofeo, según lo había dispuesto el general San Martín.»

Y agregaba, conteniendo su natural

emoción: «... de los que me desprendo con pena, pero que no dudo serán preciosamente conservados en ese museo.» Con razón, pues, le contestaba Carranza: «Excuso manifestar á V. cuán satisfactorio ha sido para el pueblo argentino saber que tendrá en su seno las últimas reliquias que quedaban fuera de él, del gran capitán, que fué su más noble adalid en la época de su independencia y será su gloria más alta en los tiempos, mientras existan las naciones que creó con su espada y en ellas se mantenga el culto que merece su autor... La patria recibe su valioso donativo simultáneamente con la inauguración del monumento que se levanta en Yapeyú, despidiendo así al siglo de San Martín, en América, con palmas y laureles para su memoria y con voces de fama para su nombre, que se trasmite á las edades, iluminado por la gloria con que fué ungido para emancipar un mundo.»

Y, sin embargo,—por una extraña coincidencia del destino—débase igualmente al patriotismo acendrado de otra patricia distinguida, el poseer el museo la joya más preciada de su colección. No pensaba todavía en morir la Sra. Manuela

Rozas y Ezcurra de Terrero,—recientemente fallecida en Inglaterra—cuando, accediendo á las instancias incansables de Carranza, (1) se decidió á desprenderse del glorioso sable de San Martín, que estaba en su poder por herencia de su padre, á quien lo legó el gran capitán, por esta cláusula de su testamento: «El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la independencia de la América del Sur, le será entregado al general de la República Argentina, D. Juan Manuel de Rozas, como una prueba de la satisfacción que, como argentino, he tenido al ver la franqueza con que ha sostenido el honor de la república contra las injustas pretensiones de los extranjeros, que trataban de humillarla.» El sable es de fabricación inglesa, corvo, liviano, y se conserva admirablemente. Esta reliquia heroica, que representa la libertad de cinco naciones, es el recuerdo más hermoso del gran guerrero, y, sin duda, el objeto más precioso del museo histórico nacional.

(1) La documentación relativa á la donación del sable de San Martín, se encuentra en *El Museo histórico*, III. 283 y IV. 43. El «corvo» ha sido reproducido en litografía en dicha revista, III. 283, y en cromo litografía en la misma, IV. 41. Al primer grabado acompaña la documentación del preciosísimo donativo; junto con el segundo se publicó lo relativo á su recibimiento.

APÉNDICE

1.º

Señor General D. Guillermo Miller.

Bruselas y abril 19 de 1827.

Mi querido amigo: Voy á contestar á su estimable del 9.

Después de mi última carta mi espíritu ha sufrido infinito, pues Mercedes ha estado á las puertas del sepulcro de resultas del sarampión, ó como niñas de la pensión felizmente la chiquita está fuera de todo peligro, pues ahora tres días se levantó por primera vez; esta circunstancia es la que ha impedido remitiera á V. con más antelación los apuntes pedidos y que ahora adjunto.

Los detalles que V. me pide de la acción de San José, no se los remito en razón de serme desconocidos, pero si V. necesita los de San Lorenzo, se los podré enviar con su aviso: también le incluyo un pequeño croquis de la de Chacabuco, pues creo que V. no conoce esta posición.

No creo conveniente hable V. lo más mínimo de la Logia de Buenos Aires, estos son asuntos enteramente privados, y que aunque han tenido y tienen una gran in-

fluencia en los acontecimientos de la revolución de aquella parte de América, no podría manifestarle sin faltar por mi parte á los más sagrados compromisos. A propósito de Logias, sé á no dudar que estas sociedades se han multiplicado en el Perú de un modo extraordinario. Esta es una guerra de zapa que difícilmente se podrá contener, y que harán cambiar los planes más bien combinados.

Me dice V. en la suya última lo siguiente: «Según algunas observaciones que he oído verter á cierto personaje, *él* quería dar á entender que V. quería coronarse en el Perú, que y este fué el principal objeto de la entrevista en Guayaquil». Si como no dudo (y esto solo porque me lo asegura el general Miller), el cierto personaje ha vertido estas insinuaciones, digo que lejos de ser un caballero, solo merece el nombre de un insigne impostor, y de despreciable pillo, pudiendo asegurar á V. que si tales hubieran sido mis intenciones, no era *él*, quien hubiera hecho cambiar mi proyecto. En cuanto á mi viaje á Guayaquil el no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú, auxilios que una justa retribución (preseindiendo de los intereses generales de América) lo exigía por los que el Perú

tan generosamente habían prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada, cuanto el ejército de Colombia después de la batalla de Pichincha, se había aumentado con los prisioneros, y contaba con 3.600 bayonetas, pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primera conferencia con el libertador me declaró que haciendo todos los esfuerzos posibles, solo podía desprenderse de tres batallones con la fuerza total de 1070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido de que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia, así es que mi resolución fué tomada en el acto, creyendo de mi deber el último sacrificio en beneficio del país. Al siguiente día y á presencia del Vicealmirante Blanco dije al libertador que habiendo dejado convocado el Congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el Perú, añadiendo—«ahora le queda á V. general un nuevo campo de gloria en el que va V. á poner el último sello á la libertad de la América.» (Yo autorizo y ruego á V. escriba al general Blanco, á fin de certificar este hecho). A las dos de la mañana del

siguiente día me embarqué, habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote, y entregándome su retrato como una memoria de lo *sincero* de su amistad.

Mi estadía en Guayaquil no fué más de cuarenta horas, tiempo suficiente para el objeto que llevaba.

Dejemos la política y pasemos á otra cosa que me interesa más.

Mucho le agradezco las noticias que me da del comodoro Bowles y de mi parte tenga la bondad de hacerle presente mis sinceros respetos y amistad, lo mismo que al caballero Spencer.

Por el proximo correo remitiré las nuevas noticias que V. me pide en su última, pues me es imposible marchen por éste, y no teniendo quién me lleve la pluma para dictar (por hallarse ausente mi hermano) tengo que valerme de un extranjero, lo que hace duplicar el trabajo, para corregir sus faltas.

Tengo cartas de Lima que alcanzan al 17 de noviembre, y de Guayaquil hasta el 3, Nada particular, excepto que la odiosidad contra el ejército Colombiano y con especialidad contra sus oficiales crecía con rapidez. De Buenos Aires con fecha del 7 de enero, me dicen que el 27 de diciembre, el ejército oriental (1) se había puesto en

(1) Se refiere al ejército argentino que obraba en la Banda Oriental.

marcha para batir al brasileiro, que se hablaba en las puntas del Yaguaron y que por el 14 ó 15 del siguiente se aguardaba con impaciencia de los resultados.

Adiós, amigo mio (hágame el gusto de ofrecer mis respetos á mi señora su madre) y estar seguro lo quiere sinceramente su

J. DE SAN MARTÍN.

P.^a—Mi mayordomo en Mendoza, se me escribe quedaba en la agonía, si su muerte se verifica tendré necesariamente que pasar á América este año para no abandonar mis intereses.

2.^o

*Señor Adolfo P. Carranza, director del
"Museo Histórico Nacional".*

Paris, 30 de mayo de 1899.
5, rue de Berlín

Distinguido señor:

Oportunamente recibí las cartas que se sirvió Vd. dirigirme, solicitando enviase á ese «Museo Histórico Nacional» todos aquellos objetos que pertenecieron á mi abuelo el general San Martín, aún existentes en mi poder. Mi excelente amigo el señor don José Machain apoyó igualmente la solicitud de Vd., y cediendo á sus amistosas instancias, había yo ya decidido en principio hacer ese sacrificio; reservándome, toda vez, el momento de darle cumplimen-

to, cuando nuestro nuevo y digno ministro en París, el señor don Carlos Calvo, me manifestó con instancia ese mismo deseo, añadiendo que su pariente el señor general Capdevila, recientemente venido de Buenos Aires, me traía una nueva comunicación de Vd. con encargo especial de tratar de obtener me desprendiera yo de esas reliquias.

En efecto, pasó á verme el señor general Capdevila, remitiendome la atenta carta de Vd. fecha 15 de diciembre último, á que contesto; y en vista de todos estos patrióticos empeños que tanto honran la memoria de mi venerado abuelo, he decidido—prescindiendo de mis sentimientos íntimos—conforme lo participo á Vd. por la presente, donar desde ahora al «Museo Histórico Nacional» no solo todos los muebles de mi abuelo que conservaba yo religiosamente en el mismo orden que guardaban en su cuarto, en vida de él—(acompañados de un pequeño cróquis de ese mismo cuarto en la casa de Boulogne-sur-mer, en donde falleció; cróquis que permitirá á Vd, si lo juzga conveniente, colocar dichos muebles conforme los tenía el general)—sino tambien los dos recuerdos más preciosos que de él me había legado mi querida madre; el hermoso retrato original, al óleo, de mi abuelo, hecho en Bruselas, el año 1827, creo; del que mi señora madre hizo una copia que obsequió,

hace varios años, á la Biblioteca ó Museo de Buenos Aires;—así como el faesimile ó cópia exacta del estandarte real de Pizarro, que mi madre pintó antes de entregar solemnemente al gobierno del Perú, por manos de su representante en París, ese glorioso trofeo, según lo había dispuesto el general San Martín por una cláusula de su testamento.

Y, para complemento de mi obsequio, remito á Vd. adjuntos, los importantes documentos históricos que lo certifican; de los que me desprendo con pena, pero que no dudo serán preciosamente conservados en ese Museo; á saber: el oficio y acta originales de la municipalidad de Lima, acompañando al Libertador el estandarte real de Pizarro.

Tambien remito á Vd., incluso el acta original de la solemne entrega que hicieron mis padres en nuestra casa de campo de Brunoy al ministro del Perú, señor Galvez, el 21 de Noviembre de 1861, de dicho estandarte; cópia de los discursos pronunciados en esa ocasión; algunos recortes de periódicos y un impreso de la época, relatando esa ceremonia y dos periódicos mas antiguos de Buenos Aires, que tratan del estandarte, así como una pequeña litografía coloreada del estandarte.

Los muebles de mi abuelo; su retrato y la pintura del estandarte, embalados en 6 cajones, serán embarcados en el Steamer «Eastern-Prince», que parte de Amberes para Buenos Aires, el 10 de Junio. Dichos 6 cajones van dirigidos á Vd. libres de todo gasto; y así que salga el vapor, el expeditor remitirá á Vd. los correspondientes conocimientos y la lista detallada del contenido de cada cajón.

Al dejar así cumplidos los patrióticos deseos que me había manifestado, y rogándole se sirva avisarme el recibo, sin tropiezo, espero de esas reliquias, soy de Vd., muy señor mio, con todo aprecio, muy atenta compatriota

*Josefa Balcarce y San Martin
de Gutierrez de Estrada*

Buenos Aires, agosto 1.º de 1899.

Distinguida señora:

He demorado la contestación de su fina y patriótica carta del 30 de mayo ppdo. esperando el momento grato para mi país y anhelado por mí de que llegaran los muebles, objetos y documentos que pertenecieron á su digno abuelo, el Libertador don José de San Martin.

Escuso manifestar á Vd., cuan satisfactorio ha sido para el pueblo argentino saber que tendrá en su seno las últimas reliquias que quedaban fuera de él, del gran

Capitán, que fué su mas noble adalid en la época de su independencia y será su gloria mas alta en los tiempos, mientras existan las naciones que creó con su espada y en ellas se mantenga el culto que merece su autor.

Todo cuanto indicaba en su atenta carta ha llegado y siguiendo sus instrucciones he tratado de darles colocación, de acuerdo con el croquis que me acompañaba.

Algo falta sin embargo, y á pesar de la contrariedad que pueda causarle, me permito, señora, rogar á Vd. agregue á su generosa donación el retrato de la esposa y amiga del general San Martín, de la virtuosa patricia señora Remedios Escalada, para darle sitio al lado del que fué objeto de su amor en la vida y por quién suspiró hasta la hora de la muerte.

La patria recibe su valioso donativo simultáneamente con la inauguración del monumento que se levanta en Yapeyú, despidiendo así el siglo de San Martín, en América, con palmas y laureles para su memoria y con voces de fama para su nombre que se trasmite á las edades, iluminado por la gloria con que fué ungido para emancipar un mundo.

Tengo el gusto de saludar á Vd. con la mayor consideración

Adolfo P. Carranza.

Sra. Josefa Balcarce y San Martín de Gutierrez de Estrada.